

El psicoanálisis, ideología reaccionaria*

Considerado en su conjunto, el psicoanálisis aparece ante todo, en 1949, como una ideología que se busca hacer penetrar en las más vastas capas sociales mediante el uso de los más diversos medios de propaganda.

Cierta prensa, cierto cine, cultivan el esnobismo del psicoanálisis. La clase opresiva intenta utilizar la técnica analítica para su provecho en los conflictos sociales. En los EE. UU. no se oculta que se presta al psicoanalista o al psicotécnico de inspiración analítica el poder mágico de atenuar, o de regular, los conflictos laborales. Auténticos psicoanalistas tienden a presentar como mórbidos las conductas humanas que apuntan a transformar el orden social. Congresos de técnicos estudian problemas que pertenecen exclusivamente al dominio político. En Londres, en 1948, el problema de la “ciudadanía mundial” está ligado al de la agresividad y la culpabilidad. Las soluciones se orientan hacia propuestas a la Organización Mundial de la Salud, con miras a una encuesta sobre la “salud mental de los pueblos”, presentando a los conflictos del mundo moderno como hechos patológicos.

La orientación política que representan esas tendencias suscitó en los medios psiquiátricos una oposición bastante general, en nombre de una actitud científica que no acepta desviarse de su misión y dejar pervertir su carácter. Esta protesta tuvo un eco bastante profundo en el Congreso de Londres, pero fue acallado.

Esta explotación sistemática del psicoanálisis, sus intervenciones directas en el terreno donde la lucha de clases es lo más característico, la importancia de los apoyos económicos de los que se beneficia, plantearon abiertamente el problema en el terreno político. Las fuerzas del progreso y de la paz se vieron obligadas a preocuparse de tal situación, de investigar en qué medida se desarrollaba, bajo la cubierta de una actividad supuestamente científica, una ideología que implica fines más o menos confesados de conservación o de regresión social y, eventualmente, de desenmascarar la contribución, deliberada o no, aportada por esas vías oscuras a las amenazas de la guerra y a la opresión de clase.

Es estas condiciones, nosotros, a quienes nuestra práctica científica y profesional pone en contacto permanente con los problemas planteados por el psicoanálisis, que estamos igualmente comprometidos en la lucha por la liberación del hombre, teníamos el deber de puntualizar “la cuestión del psicoanálisis”.

“Ciencia pura” y ciencia verdadera

Es necesario precisar ante todo la orientación y el alcance de este estudio. No intentaremos establecer aquí un balance de las adquisiciones positivas con las que Freud y sus sucesores beneficiaron nuestras técnicas y el conocimiento del hombre. Cada uno de nosotros ha tenido ocasión de mostrar el valor práctico que les concede a esas adquisiciones. Y si insistimos en esta precisión, superflua a nuestros ojos, es porque sabemos que una actitud pasional dirigida hacia nuestras posiciones doctrinales y la actividad práctica que les corresponde apunta constantemente a imputarnos una posición sectaria. La ideología que “condena” los hechos científicos no es la nuestra. Solicitamos a nuestros censores dejar en claro e investigar si, otorgándonos esas intenciones, no transportan sus propias tendencias en la idea que se forjan de nosotros.

Debemos destacar que el objeto de lo que sigue reside menos en la discusión de un aporte positivo o negativo del psicoanálisis que en la crítica de su movimiento ideológico mediante un esfuerzo metódico de investigación que esclarezca los hechos bajo una nueva luz para integrarlos, al tratarse de hechos reales, en un cuadro científico estricto y más amplio.

Queremos declarar que para nosotros la noción de “ciencia pura” constituye un verdadero fraude intelectual. Creemos que un problema como el que nos proponemos tratar aquí no puede ser claramente planteado sin que este mismo punto de vista sea esclarecido. La ciencia *verdadera*, para nosotros, se opone radicalmente a esta noción usual de “pureza”. El espíritu que se denomina científico se muestra como no-científico en la medida en que pretende ignorar su dependencia

* Fuente : AA.VV. (1976) [1949]. La psychanalyse, idéologie réactionnaire. En Miller, J.-A. (ed.) *La scission de 1953. La communauté psychanalytique en France I* (pp. 17-28), París : Navarin.

respecto de todo el mundo real, de sus creencias y sus ilusiones. Más grave aún es que se niegue a rendir cuentas a la sociedad entera. El rechazo de la discusión con, por ejemplo, instancias políticas sobre las implicaciones totales de tales posiciones que se pretenden “objetivas” porque se *dicen* científicas constituye en realidad una posición política. Queremos protestar aquí, en nombre del espíritu científico, contra las actitudes tan corrientes hoy en día según las cuales una actividad, una disciplina, se arrojarían el derecho de recusar la crítica social por el simple hecho de calificarse *ella misma* como “científica”: “ciencia burguesa”¹ en ese caso, si se quiere, pero no ciencia.

En cuanto a nosotros, por el contrario entendemos dar un testimonio *útil* a todos los hombres de buena fe que juzgan que este mundo está mal hecho, que allí reina la injusticia social, que allí las amenazas de la guerra tiene un gran peso. Entendemos que damos armas a los que combaten por la libertad y la paz. Por eso declaramos públicamente que todo lo que nuestra competencia, nuestra investigación, nos permiten pensar y decir debe ser dirigido hacia esos hombres a quienes le debemos, para que sean sometidos a su crítica. Frente a quienes quieren dar a la humanidad, desde lo alto de su estrecho saber, buenas reglas para la conquista de la felicidad pensada en el cuadro de sus concepciones de una buena sociedad, oponemos la concepción según la cual los hombres hacen ellos mismo su propia felicidad, con la doctrina nacida de sus luchas, contra los instrumentos concretos de su opresión. No les proclamamos ninguna verdad que no puedan juzgar. En el presente caso, queremos sobre todo ayudarlos a ver como se intenta engañarlos, cómo también en nuestro en nuestro dominio la ideología de la clase dominante se intenta adormecer la protesta de la clase oprimida.

Dirigiéndonos, finalmente, a todos aquellos que trabajan en el mismo orden de hechos que nosotros, a los técnicos de las ciencias del hombre, a nuestros colegas psiquiatras, les solicitamos considerar nuestro recorrido actual con una verdadera objetividad. El camino que realizamos, los compromisos que tomamos, los peligros de los que tomamos conciencia, la voluntad que manifestamos al sacar a la luz los resultados de nuestra autocrítica, nos parece, sin fanfarronada, que tiene un valor de ejemplo. Al mismo tiempo que queremos contribuir a denunciar toda forma de oscurantismo ante todos, intentamos más especialmente trabajar en precisar una orientación en investigación para los practicantes de nuestra disciplina. Si las advertencias que formulamos parecen legítimas, si las orientaciones que proponemos parecen fecundas, que se reconozca el mérito de una doctrina que no se presta a ninguna ilusión y que se funda sobre los movimientos reales del mundo real, de nuestra solidaridad con los que actúan esas doctrinas, a ese dato fundamental para nosotros: que nuestra lucha por la liberación concreta de los hombres que cuidamos, en ciertos aspectos clínicos de reducción de su libertad, no puede, a nuestro entender, encontrar su pleno efecto más que en la lucha por la liberación concreta de todos los hombres.

El contenido de clase del psicoanálisis

Algunos de nosotros, junto con un gran número de psiquiatras y de psicólogos no marxistas, pensábamos ante todo que la crítica del psicoanálisis debía culminar en una discriminación entre ciertos datos del psicoanálisis considerados como válidos y aquello que se convino en denominar su “metapsicología”, o bien incluso, según Dalbiez, entre el método psicoanalítico y la doctrina freudiana. Es, a grandes rasgos, la posición definida en la resolución de los “psiquiatras racionalistas” elaborada en ocasión del Congreso de Londres.

Sin embargo, si ciertos *hechos* puestos en evidencia por el psicoanálisis nos parecían –bajo reserva, a veces, de verificación por otras disciplinas– poder ser integrados en una psicología científica, al término de nuestra autocrítica hemos llegado a la convicción de que el *conjunto* de las teorías psicoanalíticas está contaminado por lo que podríamos denominar un “principio mistificador”.

Sin importar lo que puedan pensar algunos psicoanalistas, que creen sinceramente en el desinterés de lo que denominan su ciencia, no es posible disociar el psicoanálisis del uso político que se hace de él y que algunos están dispuestos a repudiar calificándolo de falsificación. Con ese propósito deben meditarse la enseñanza misma de Freud: “En tanto que psicología de las profundidades, doctrina del inconsciente psíquico, puede volverse indispensable para toda ciencia que trate sobre la *civilización humana* y sus grandes instituciones, como el arte, la religión, el orden

¹ Cf. “Responsabilités de l’intellectuel communiste”, por Laurent Casanova, éditions de La Nouvelle Critique.

social (“Psychanalyse et Médecine”, p. 235, destacado por nosotros).

En efecto, el desarrollo del psicoanálisis, hasta en el contenido de su doctrina o de su técnica está ligado tan íntimamente a la historia que de ninguna manera podrían rechazarse esa enseñanza.

1) El psicoanálisis nace en Viena, en una época y en el cuadro de una sociedad que es un testimonio ejemplar de la decadencia de la familia burguesa paternalista, donde el “tabú sexual” marchaba a la par con una crisis de la moral sexual. Así, desde el origen, Freud retoma y desarrolla el tema de la liberación sexual, exigencia de una parte importante de la burguesía de la época. En este sentido, el nacimiento del psicoanálisis está específicamente ligado a las necesidades de una clase social.

2) El desarrollo y la historia del movimiento psicoanalítico no hacen más que volver estos lazos más estrechos. Es así que actualmente su zona de propagación privilegiada está constituida por los países anglosajones.

3) La evolución temporal de los temas centrales de la ideología psicoanalítica es igualmente característica. La apariencia revolucionaria del tema de la *liberación sexual*, propuesta en los orígenes del psicoanálisis, pierde terreno frente al tema de la culpabilidad, ligado a la importancia creciente de la noción de “superyó”. Estas nociones se definen por referencia a un ideal social que no es sino el reflejo de la estructura social del momento, arbitrariamente elegido como norma. La ideología religiosa ha podido acomodarse al psicoanálisis, los sacerdotes se dicen psicoanalistas, psicoanalistas que colaboran en revistas religiosas dogmáticas; en una palabra, el conservadurismo social encuentra allí un arma ideológica.

Las luchas sociales se hacen cada vez más agudas: el tema de la *agresividad* pasa al primer plano. En la etapa actual, es el tema central al que remiten todos los otros. La liquidación de la agresividad o su utilización con fines de defensa del orden social, según sea el caso, es hoy día propuesto como panacea para la solución del malestar en la cultura, del problema de la “ciudadanía mundial”, es decir de la paz, incluso al precio de operaciones policiales o de guerra contra aquellos cuya “agresividad” no se deja reducir. La agresividad es así presentada sobre los planos ideológico y político como un mal cuando amenaza el orden existente y como un bien cuando lo refuerza. Así, la orientación actual del psicoanálisis es tal que se convierte, de hecho, en el plano del individuo, en una técnica de su adaptación a la sociedad burguesa, en el plano social en un arma de preparación ideológica para una nueva guerra mundial contra las fuerzas de la democracia y de la paz. Así, la extensión, la popularización actual del psicoanálisis se desarrolla como un fenómeno de crisis a la medida de la decrepitud del régimen del cual nació.

4. Sin embargo, está claro que, frente a la renovación cuya exigencia expresan las más amplias masas, esta arma ideológica perdería su eficacia si no apareciera, si no se presentara como revolucionaria, si no pretendiera ser portadora de un porvenir calificado de democrático, incluso de socialista. “*Estamos en presencia de dos concepciones de la liberación del hombre: el marxismo y el psicoanálisis*”, escribía Henri de Man. En 1949, la importancia del rol de los medios socio-democráticos en esta ofensiva político-analítica, de ciertos elementos del Partido Laborista inglés sobre todo, le otorga su plena significación.

5. ¿Cuál es, en 1949, la práctica del psicoanálisis? Una minoría ínfima de enfermedades pueden beneficiarse de curas técnicamente serias. Esa minoría está seleccionada por sus posibilidades financieras. El dinero, el sacrificio pecuniario, son presentados contantemente como el motor necesario de la cura, agravando incluso el carácter de clase de la técnica misma. Esto se vuelve realmente escandaloso cuando se saben las condiciones reales, lamentables en el sentido más estricto del término, en las cuales son tratadas actualmente las enfermedades mentales de origen proletario.

6. Este fenómeno de crisis del capitalismo se encuentra hasta en el reclutamiento de psicoanalistas. El futuro psiquiatra experimenta el malestar que la intensificación de la lucha de clases crea en las clases medias y el drama de la urgencia de una elección. Se interroga con angustia sobre el problema del ser en el mundo. Constata que el cuerpo de doctrina ofrecido por la psiquiatría clásica se fisura por todas partes y que no responde a los hechos actualmente conocidos. Finalmente, se encuentra riñendo con dificultades materiales sin número, funcionario abandonado a su suerte en un asilo de provincia, mal retribuido en relación a la seriedad de sus estudios.

La teoría y la práctica psicoanalítica le proponen un apaciguamiento sobre su plano personal, una explicación a sus inquietudes, una concepción del mundo una teoría general de los hechos patológicos, condiciones particularmente satisfactorias de ejercicio de su profesión.

Así, el entusiasmo actual de los jóvenes psiquiatras por el psicoanálisis traduce las dificultades correspondientes a los aspectos políticos, ideológicos y económicos de la crisis general de las clases medias.

Parece así claramente que el nacimiento, el desarrollo, la difusión actual del psicoanálisis están ligados a la ampliación de la lucha de clases. Ella se extiende a todo lugar donde la clase dominante tiene necesidad de intentar paralizar los esfuerzos de la clase ascendente, de calmar el malestar de las clases sociales desgarradas por una elección de la que no pueden huir. El hecho de que la evolución de los temas esenciales de la ideología psicoanalítica esté ligada a sus orígenes y a la evolución social plantean la cuestión de saber cómo ese contenido de clase se expresa en el seno de la teoría misma.

Una doctrina mistificadora

El psicoanálisis se presenta clásicamente, teóricamente, a partir de tres nociones fundamentales: el inconsciente, los instintos, los complejos.

El mito de un inconsciente en sí, existente como cosa real, ha sido demasiado criticado como para que sea útil insistir en ello. Del mismo modo, el cosismo de los instintos ha sido suficientemente denunciado. Los progresos de la biología se muestran en la constante conquista del dominio de los instintos en beneficio de los aprendizajes de las conductas. Hoy está claro que lo que se denomina “instintos” corresponde en realidad a comportamientos que dependen tanto del desarrollo del organismo como de las condiciones del medio. Todos aquellos que se aferran a la noción de “instinto” lo hacen en referencia al energetismo. Volvemos a encontrar aquí, a pesar de ciertas protestas de Freud, los parentescos del psicoanálisis con las filosofías místicas modernas, que se apoyan en el dedo de Dios, la voluntad de poder, la “hormé” o el impulso vital. Se trata aquí de la reificación y, para ser honestos, de la mistificación de carácter dinámica de los procesos vitales, que es lo propio de toda filosofía idealista. No hay otra manera de caracterizar ese dinamismo, en términos científicos, que esta proposición de Engels: “*La vida es el modo de existencia de las materias protídicas*”, modo de existencia y no propiedad aparte, materia viviente y no vida dentro de la materia.

Las mismas críticas se dirigen a la teoría de los complejos, indisociable de aquella de los instintos. Un ejemplo basta para demostrar la pseudotranscendencia de los complejos. Se sabe hoy, en efecto, que el Edipo no es ni universal ni constante: los trabajos de Malinowski muestran su ausencia en las sociedades melanesias, probando que las conductas relacionadas con ese complejo, cuando existe, están ligadas a las condiciones sociales e históricas de las que depende la estructura familiar.

De modo general, si ciertas conductas humanas pueden ser caracterizadas como la reproducción de conductas pasadas, la noción de automatismo de repetición, fundamental en el psicoanálisis, es mítico cuando se refiere a los complejos e instintos considerados en sí mismos, hipostasiados en relación a las condiciones reales, a la historia real que determina las conductas así denominadas.

Si se examinan las circunstancias generadoras de conflictos inconscientes vividos por el individuo y en particular por el niño, circunstancias que el psicoanálisis conduce a conflictos instintivos, se ve que todas ellas se deducen, directa o indirectamente, de mitos que reinan en una sociedad dada.

El hecho es particularmente patente en todo lo que concierne a la vida sexual y los tabúes que la afectan. En la medida en que la mesura o la moral sexual es la expresión de esos tabúes, es de inspiración religiosa o sus interdicciones corresponden a mitos: en una palabra, *en la medida en que está mistificada*, está encargada de engendrar “sentimientos de culpabilidad”. Las interdicciones sexuales, que comportan la “represión”, no son sólo necesarias sino desmesuradamente exageradas, sino totalmente inmotivadas. Los complejos que provocan corresponden a conflictos sin objeto, fantasiosos.

El aporte más valioso de Freud consiste en el descubrimiento, detrás de ciertas manifestaciones psicopáticas, a la vez como causa y como contenido, de situaciones ficticias profundamente sentidas por el individuo. Pero precisamente esas situaciones tienen una característica común: responden a la definición clásica de mito: “... hechos que la historia no esclarece y contienen un hecho real transformado en noción religiosa o la invención de un hecho con ayuda de una idea” (Littré).

Ahora bien, la crítica marxista ha mostrado hace tiempo el origen y la significación de los

mitos, el rol que juegan en la sociedad. Expresan y enmascaran a la vez los sufrimientos de esa sociedad. No es sorprendente encontrarlos en los enfermos cuya perturbación abarcan esencialmente ciertas modalidades de sus relaciones con los otros miembros de la colectividad. No es un hecho azaroso o una disposición fundamental del espíritu humano que los mitos y síntomas hablen el mismo lenguaje. Son el fruto de las mismas situaciones concretas, traspuestas del plano de la colectividad al del individuo. Una profunda analogía se deja así descubrir entre la ideología mistificada y la neurosis. Esta aparece cuando se marchita una ideología, cuando la evolución histórica permite en ciertos individuos una toma de conciencia que viene a enfrentar a la potencia mágica del mito. Ella es el vacío, el desasosiego, la angustia de su desaparición, conjunto negado y presentado.

El psicoanálisis no puede concebir esa significación profunda de la neurosis: momento y aspecto de la lucha de clases. Descubriendo constantemente los mitos en el origen de los síntomas tiende, por el contrario, a considerarlos cada vez más como sus causas necesarias y suficientes y, finalmente, a consagrar su existencia en tanto que entidades inmanentes al hombre.

A falta de una perspectiva marxista, desconoce el hecho esencial de que constituyen *factores mediatos* a través de los cuales la realidad social alcanza al individuo. Lejos de responder a su pretensión de constituir una psicología abisal, sigue siendo una psicología de las “apariencias” que, tomando prestada su terminología, toma al “contenido manifiesto” de sus interpretaciones por su “contenido latente”.

Si es verdad que, para el enfermo, para el niño o para el soñante, sus imágenes y sus fantasías puede aparecer como realidad, creer, adherir a esas producciones imaginarias, plantear su realidad en sí, fuera de la consciencia que las imagina es, por definición, delirar: es un modo de alienación del individuo. En tanto los psicoanalistas no salen de esas fantasías, en tanto no hacen más que conducirlos a nociones que, por ser más generales, no son menos míticas, no salen del delirio. Al limitarse al mundo de las imágenes, tomadas como realidad bajo el criterio de esas mismas imágenes, el psicoanálisis conduce a un vasto círculo vicioso. Si con frecuencia mostró el juego y la potencia pernicioso de los mitos, no puedo ir más allá y salir de la ideología mistificada en la que se encierra. Un psicoanalista quizá lo confesó al decir que el análisis adopta un desvío que conduce, en resumen, a “inducir en el sujeto una paranoia dirigida”.

Lo menos que se puede decir de la formación analítica es que obstaculiza en su más alto punto la libertad de atribuir a los hechos otras causas que aquellas postuladas por el propio psicoanálisis. Así se explica esa oscilación perpetua que perturba la marcha de los espíritus más esclarecidos y que los hace volver sin cesar a explicar los fenómenos más generales por obsesiones o aspiraciones hacia los mitos de la humanidad, convertidos en fetiches del psicoanálisis y no en los objetos de una investigación racional... verdadera fascinación del espíritu por sus creaciones teóricas.

La técnica analítica no puede, en todo caso, conducir al enfermo, en cierto modo, más que a medio camino, al punto en que tomará consciencia del mito que lo agobia, pero de no sus raíces profundas. No le ofrece más que una liberación falsa en un mundo imaginario. Es verdaderamente absurdo o deshonesto, por ejemplo, para un médico católico convencido, analizar el sentimiento de culpa de un enfermo.

La ausencia de discriminación entre la ideología mistificada que el análisis encuentra bajo los síntomas, y un ideal moral y social auténtico tiende a instalar al enfermo en una adaptación social cuyo único criterio sería el “éxito”.

Una concepción idealista de las relaciones individuo-sociedad

Si nuestra primera crítica de la doctrina psicoanalítica se sitúa al nivel de su irracionalismo, la segunda se dirigirá al individualismo que la caracteriza fundamentalmente.

Es claro, en efecto, que al permanecer unida al mito de los instintos, ella no puede abandonar el plano individual. Toda doctrina que tiende a explicar las relaciones del individuo y de la sociedad basándose en una concepción de la “naturaleza” del individuo aislado, falsea ante todo el sentido del problema. Es así que el psicoanálisis fue conducido a construir una teoría general de los comportamientos humanos y una historia de las civilizaciones. Según la expresión de Politzer: “*busca explicar la historia por la psicología y no la psicología por la historia*”.

Aún más, en 1949, el psicoanálisis no se limita ya a las interpretaciones, sino que interviene

directamente en la lucha de clases: los movimientos sociales son reducidos a la agresividad o el “resentimiento” de las clases trabajadoras, y la guerra proviene del sadomasoquismo de algunos jefes de Estado. Los psicoanalistas de buena fe que deploran esto no pueden hacer nada. Esta intervención política del psicoanálisis está implicada en su doctrina, en el individualismo que lo funda.

Recordemos que si bien no se puede despreciar el papel del individuo en un movimiento social, tampoco es posible explicar sus caracteres históricos concretos solamente por el individuo: “*Lo que depende del individuo es la elección que su ‘psicología’ hará entre las posibilidades históricas dadas en una época. Esa ‘psicología’ tampoco puede ser separada de la historia concreta de la humanidad. ‘Mecanismos psicológicos’ seleccionan para unos el rol de héroes y para otros el rol de cobardes, pero esos ‘mecanismos’ tienen también su génesis histórica y sus condiciones sociales de existencia*” (G. Politzer).

Cuando se persigue la teoría psicoanalítica hasta sus raíces, se encuentra de hecho la conciencia de un individuo solitario. En la práctica, este individualismo conduce a la negación de toda posibilidad de transformación del orden social. Se entrega el individuo, atado de pies y manos, al orden establecido, en cuyo seno se le hace creer en la libertad. Como lo dice Hesnard, se trata de “*un individuo que hasta dentro de la necesaria coacción social se siente libre*”.

Parece paradójico que algunos psicoanalistas hayan creído ver en el psicoanálisis una concepción dialéctica que podría incluso confirmar el socialismo. El argumento consiste en la tentativa de interpretar la oposición metafísica de los instintos de muerte y de vida como una contradicción dialéctica. De la misma manera se presenta el problema de las relaciones entre el individuo y la sociedad. Esta es la fuente de la charlatanería sobre la “síntesis del marxismo y el psicoanálisis”.

Esa posición implica que el individuo es la negación de la sociedad y la inversa. Sin embargo, al permanecer fieles al mito psicoanalítico de los instintos, esos autores no han abandonado el plano del individualismo: el individuo sigue siendo, en su concepción, una especie de entidad heterogénea en relación con la sociedad, otra entidad. Es evidente que no puede haber relaciones dialécticas entre ambos. Esta tendencia corresponde a una forma particular de la ideología burguesa de nuestra época que tiende a oponer la realidad social frente a las exigencias psicológicas de los individuos. Su individualismo es un tema de propaganda política, mediante el cual se intenta desacreditar al socialismo.

El movimiento dialéctico que puede observarse al estudiar los fenómenos psíquicos es, en realidad, al desarrollo del individuo en el curso de su historia: diferentes crisis infantiles o estadios de desarrollo traducen diferentes épocas de madurez biológica, así como transformaciones en las aptitudes psicológicas y las relaciones sociales. Cada estadio, cada etapa nueva es una superación dialéctica de la etapa anterior y no hay por qué buscar una distinción de esencia entre las modalidades biológicas o sociales de estas transformaciones.

Una técnica esotérica

Ahora nos es posible penetrar hasta el corazón de la técnica psicoanalítica. Volveremos a encontrar allí los errores o los peligros enunciados sobre la teoría. En particular es evidente que las condiciones iniciáticas de la formación del psicoanalista tienden a producir en él un *sistema de referencia mistificado*: el de los instintos y los complejos considerados como realidades “en sí”.

Si los psicoanalistas aceptan, en última instancia, discutir su teoría, la consideran rigurosamente intangible, como la más grave trasgresión a su creencia todo ataque dirigido al psicoanálisis didáctico. Por ello prohíben por completo a los no iniciados la práctica de su profesión. Es necesario iniciarse mediante esta situación de a dos, rasgo específico del método y cuyo único soporte es el sistema analítico mismo.

Este sistema de explicación, que reduce el ser a sus pulsiones y a sus interdicciones, a la perduración o reviviscencias de situaciones pasadas inconscientes, se desarrollará hasta el fin. La didáctica o la curación estarán dominadas por la interpretación que da el analista al analizado. Por consiguiente, existe el riesgo permanente de que el analizado se adhiera a las mistificaciones contenidas en el sistema de referencia, riesgo particularmente grave en las condiciones concretas en las que se desarrolla el análisis.

Aunque fue un mérito considerable de Freud haber impuesto la sexualidad como objeto de

estudio, inmediatamente se implantó el error mistificador, en cuanto el psicoanálisis convirtió en el motor de la explicación de la conducta humana al conflicto metafísico instinto-represión en el inconsciente.

Del mismo modo, si bien es verdad que al acentuar la importancia de la relación entre el médico y el enfermo e incluso de las conductas de transferencia, Freud descubrió una de las condiciones de toda psicoterapia, todo ello no justifica su sistema teórico de referencia.

El psicoanálisis es también responsable, en gran parte, de que la psiquiatría y en parte la psicología entera se hayan alejado del estudio de las manifestaciones psíquicas consideradas en relación con las estructuras sociales. Concentrando la atención sobre los procesos individuales, por intermedio de los cuales obran esas estructuras, el psicoanálisis es particularmente responsable de la negligencia o del abandono de todo lo que es acción colectiva, tanto en medicina como en higiene mental o en materia de niñez.

Orientación de las investigaciones

Para terminar este estudio, intentaremos precisar *una orientación de las investigaciones* que permitirá aclarar aun más el sentido de lo que precede.

Recordemos ante todo que la crítica que hicimos no deja ningún lugar al eclecticismo.

Si Freud y sus discípulos tuvieron el mérito incontestable de haber revelado a los psiquiatras la importancia de ciertos hechos, éstos adquieren un sentido nuevo cuando se los separa de la teoría psicoanalítica para situarles en su lugar en la vida real.

Así sucede con la importancia que se concede a las relaciones familiares en la formación de la personalidad. Freud tuvo aquí el mérito de haber insistido sobre la importancia de la primera infancia, pero las explicaciones propuestas siguen siendo mitológicas, en la medida en que el comportamiento o el desarrollo de la personalidad infantil es reducido a instintos y así desligado de la realidad social que constituye la vida familiar.

Parece posible retomar el estudio de las situaciones y de las conductas infantiles, reintegrándolo a esa realidad. Es sumamente fácil encontrar en la estructura específica de la familia patriarcal, en la relación entre padres e hijos en el seno de esa clase de familia, el origen de las situaciones generadoras de la agresividad. Los conflictos primordiales vividos por el niño manifiestan la rigidez del padre-patriarca, o diversas formas de una situación fundamental de "posesión-frustración" inspirada directamente por las concepciones patrimoniales de los padres, esbozadas a partir de fetiches de los que ellos mismos son víctimas. Otras perturbaciones en el desarrollo afectivo del niño, sobre las cuales los psicoanalistas legítimamente llamaron la atención, están en estrecha relación con situaciones concretas que son expresión de las contradicciones de la sociedad capitalista. Así, por ejemplo, la conducta de las madres frustradas, ansiosas, "*overprotecting*" frente a sus bebés que no hace más que reflejar la condición actual de muchísimas mujeres, cuyo estatus social sufre una grave crisis.

De manera más general, el tipo mismo de familia neurótica y neurotizante que encontramos en nuestra práctica profesional puede identificarse, en su totalidad, con la familia burguesa tal y como se describe a sí misma, en su mundo cerrado y desgarrado. En este sentido la decadencia de la "imago paterna", sobre la que Lacan llamó la atención, no constituye sino un aspecto superficial y limitado de las múltiples alteraciones de la familia burguesa, por el cual se revela la crisis en la cual está presa.

Sus contradicciones, su desasosiego ideológico, se revelan particularmente en su comportamiento respecto de los seres que se encuentran bajo su dependencia: sus propios hijos. Por ello, la misma mezcla de seducción y de autoridad, de renuncia y de exigencias apasionadas, la misma impotencia para proponer un objetivo válido, un ideal, una posibilidad cualquiera de integración en la colectividad se encuentran siempre detrás de todas las actitudes parentales descritas por los psicoanalistas en las historias de las neurosis de sus clientes.

Estas consideraciones nos indican la vía que podría emprender, más allá del análisis, un verdadero estudio psicosocial de la etiología de las neurosis y, en cierta medida, de las psicosis, así como la elaboración de una verdadera "higiene mental". Se propondría no la negación de las situaciones descubiertas y mistificadas por el análisis, sino la investigación de las circunstancias de hecho y de las ideologías que las provocan.

Un ejemplo de esta investigación, de la cual solo podemos indicar aquí el principio, podría

encontrarse en los trabajos sobre la “inadaptación infantil”, tan preocupante en la actualidad, y sobre las “disociaciones familiares” a las cuales se la atribuye generalmente. El análisis de los factores reales (condiciones materiales y mitos) de esta “disociación” se mostraría infinitamente más fecundo que el oscuro concepto de una especie de “eterno conflicto” de la pareja, a la que la mayoría de los autores parecen en definitiva referirse.

Del mismo modo, no puede negarse la importancia de las formas de conducta llamadas de transferencia. La noción de “conductas de transferencia” cambiaría completamente de sentido a partir del momento en que el problema de las relaciones entre el médico y el enfermo sea situado en el plano de las condiciones sociales de existencia. Es probable que los psiquiatras de los servicios públicos, cuando se les proporcionen los medios para cuidar a sus enfermos, puedan utilizar las conductas de transferencia con un fin terapéutico. En esas nuevas condiciones, la conducción de la cura, su duración y su costo se plantearán de una manera totalmente distinta. De ahí la indicación de una nueva y fecunda vía de investigación: situarse, para retomar fundamentalmente los problemas de la transferencia, desde una perspectiva social, por una crítica de la experiencia analítica basada en posiciones exteriores a la doctrina freudiana.

Pero los marcos del conocimiento son los de la sociedad y tal investigación, de la que acabamos de esbozar algunos aspectos, no puede emprenderse si no se reúnen las posibilidades materiales que exige y por un nuevo tipo social: “el médico al que no se paga”. Estas condiciones se confunden con una transformación radical de la vergonzosa condición de los enfermos mentales en nuestra sociedad y de su asistencia.

Es el mismo camino del pensamiento, el mismo esfuerzo concreto que nos permitirán cuidar prácticamente a las gentes que trabajan y elaborar técnicas de formación psiquiátricas no iniciáticas y terapéuticas psicológicas desmistificadas.

Dr. Lucien Bonnafé
Dr. Sven Follin
Dr. Jean Kestemberg
Dr. Serge Lebovici
Dr. Louis Le Guiland
Dr. Émile Monnerot
Salem Shenthoub